



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10404

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 9 DE JULIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorat, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA CONTRA VENTA

DE TODA CLASE DE VALORES cotizables en las Bolsas

DE MADRID, PARIS Y LONDRES

CAMILO HERRERA LUNBE

12, CASTELLANI, 12

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

ESTÁ BIEN CLARO

A cada momento nos trae el cable la desagradable noticia de que ha zarpado de un puerto del Norte América—Tampa, Cayo Hueso, La Florida ó Nueva York—un buque filibustero conduciendo armas y hombres á Cuba en el «Trent» que es el más célebre, ó el «Bermuda» que es el más activo en el contrabando de guerra ó el «Comodoro» que toma en alta mar las expediciones y las conduce al punto de su destino.

Esto irrita, envenena la sangre, pone en el ánimo rebeldes profundos y hace estallar en los labios amarga queja contra los que, llamándose amigos nuestros, con sienten que la ley sea pisoteada, la razón escarnecida y burlada la amistad.

El pueblo que no comprende los distingos de que se amparan las autoridades yankees para consentir tamaños desafueros y ve como se malogran los sacrificios de dinero y sangre que con frecuencia se le piden, harto de lamentarse y de echar en cara á los americanos su proceder desleal, vuelve la mirada acusadora al teatro de la guerra y reconcentrando el pensamiento para explicarse como arriban con tanta facilidad las expediciones á las costas de Cuba interroga del siguiente modo:

¿Como estando bloqueada la Gran Antilla por numerosos buques de guerra no caen en poder de los marinos las expediciones? ¿Cómo no se malogra ni una? Para obtener tan triste resultado no valía la pena de gastar una fortuna que hubiera esta do mejor empleada en otra cosa.

Tiene razón el pueblo. Su razonamiento es lógico; pero si hace blanco de sus acusaciones á los marinos á quienes se encomendó la vigilancia de la isla caerá en injusticia notoria, porque no tienen aquellos culpa alguna de lo que pasa.

Se ha dicho en el Congreso que España no tiene derecho á visitar los buques americanos que hacen viaje á Cuba, es decir, que para esos buques no tiene la Gran Antilla aguas jurisdiccionales.

Aceptando esto, que se ha pretendido demostrar en el caso del «Alianza», se comprende perfectamente que las expediciones burlen la vigilancia y que todas lleguen felizmente al puerto á donde van. Esto es muy claro y un sencillo razonamiento basta para comprenderlo.

¿Sabe un barco de los Estados Unidos para Cuba, y sino lo avista un crucero español alija sin peligro lo que lleva; más si se ve sorprendido en operación tan peligrosa, iza las ambaraciones menores, mueve la hélice y se pone en marcha. Y poco importa que le siga el crucero porque ni la persecución puede ser eterna ni se ha de ejercer el derecho de visita.

Esto nos lleva á la siguiente conclusión. Para que los buques españoles puedan sorprender y apresar una expedición es necesario que sea al tiempo de hacer el desembarco.

Esto es difícil, tan difícil que solo una ha sido cogida y ya sabemos lo que ha pasado.

No hay que culpar á los marinos. Ellos bien quisieran prestar

servicios de apresamiento; pero eso es puramente casual y la casualidad no se prodiga. Hay que culpar á los tratados que permiten que los yankees faciliten a la insurrección cuanto esta necesita, malogrando los sacrificios de sangre y de dinero que con tanta frecuencia se piden al país.

TIJERETAZOS

Un telegrama de París, que da cuenta del banquete dado por el ayuntamiento de Figueras á los representantes de varios municipios franceses, dice hablando de los brindis entusiastas pronunciados con tal motivo:

«Esto prueba que los corazones franceses y españoles laten al unísono.»

Pero no laten igual los corazones rusos.

De modo que el entusiasmo es baldío y los latidos no tienen objeto, pese al alcalde de Perpignan que ha dicho en su brindis:

«Esta manifestación pacífica que sigue á las de Coruña y Barcelona, revela que la alianza franco española se ha hecho ya en los corazones de ambos pueblos.»

Si no ha sido aun ratificada por un tratado diplomático lo será seguramente.

Hay que recordar que las manifestaciones de Tolón y de Cronstand precedieron á la alianza franco-rusa.»

Lírimo puro, señor alcalde.

Ayer estaba en su lugar, pero ha pasado de moda.

Sin embargo, lo estimamos en lo que vale y lo vemos desaparecer con pena.

A un periódico de Londres le telegrafía su corresponsal de la Habana dándole cuenta de que los insurrectos volarán: la capital de la Antilla, para lo cual han hecho grandes trabajos.

Paparrucha se llama esa figura.

Y en cuanto al corresponsal, ó se marea el dedo, como el bobo de Coria, ó debe ser un filibustero de tomo y lomo.

De todas suertes no estaré mal echarle el guante para que declarara lo que sepa en el asunto.

Y si se prueba que tiene relaciones

con la manigana, se le pone la bolsta en la mano y A. yelar se ha dicho!

Telegrafian desde Alicante al «Heraldo» diciéndole que el motin ocurrido en aquella población no tiene explicación lógica.

Probablemente quien tal dice se hubiera sumado á los amotinados si fuera alicantino y le hubieran dañado el bolsillo con los impuestos.

Todo es según el color del cristal con que se mira.

Leemos y nos asombramos: «El periódico «La Lanterne» pide resueltamente la alianza entre España y Francia.»

Para usted la jaca señor Roehfort. ¿No era usted el que ha estado defendiendo contra España á los rebeldes de Cuba?

¿No era usted el que ha estado echando aspos y (lagarto, lagarto) contra los soldados españoles que hacían con los pobres dinamiteros este, lo otro y lo demás allá?

¿Cómo ha ocurrido ese cambio tan repentino?

Permítanos usaré que nos asombramos.

¡QUE CALOR!

Vivimos á la temperatura del frito. Es decir, no vivimos, por que esto no es vivir, ni cosa que lo parezca, y dudo yo que podríamos vivir mucho tiempo si el verano no tuviera un límite.

A la hora esta, que es la en que el rubicundo Febo envía á la tierra un chorro de lumbré por cada rayo, el termómetro sube que es un gusto y el aire caldeado que nos rodea nos hace sudar la gota gorda. ¡Si parece que nos vamos á convertir en agua!

Los que están divertidos son los sevillanos; así como en el reparto de la sal con que Dios sazónó el mundo les tocó la mayor parte, les ha tocado ahora una parte morrocotuda en el reparto del calor solar. Aquellos pobres habitantes llevan camino de morir como San Lorenzo, salvo que no es necesaria la parrilla. ¿Para qué si se tuestan por igual?

Las personas pudientes salen de estampía para las playas del Norte y de

Levante huyendo del calor. Así que han comenzado á sentir esas altas temperaturas y se han visto precisados á buscar para hacerse la ilusión que el sol expulsa el calor, han recordado aquello de «como el pez en el agua» y se han declarado peces temporales.

¡Dichosos ellos! Nosotros los costillas, los que no estuvimos presentes á la hora del reparto de los bienes terrestres, no viajamos ni nos bañamos en las playas aristocráticas de San Sebastián y el Sardinero ni en las modestas de Los Nietos y Los Alcázares; pero nos remojamos en nuestro propio caldo á toda hora del día, es decir, nos cocemos á baño libre, tan continuo y en agua tan caliente que nos blandea la carne.

En esta época del año sobre las casas una habitación; la cocina, y se obtiene un ahorro poquillo; el carbón. El calor solar, subyugado á las necesidades de combustible, y basta poner bajo su influencia la sartén para que resulte hecha la tortilla.

Es delicioso vivir en medio de esta atmósfera de fuego que nos líquida.

¡Si al menos podríamos aligerar de ropa de camisa, ¡si la moda inventara trajes de rejilla para el verano! ¡Si no ofendiera á la moral salir á la calle en calzoncillos! Pero estos vestidos de lana y estos pantallos altos y esas camisas cuya pechera hace impermeable el almidón....

Cómo envidiamos ahora al padre Adán con el traje que usaba en el Paraíso.

¡NO, QUE BUENA.

BAÑOS DE PLUGER

Me manda el doctor tomar baños de mar sin cesar; pero me falta el valor.

¿Yo zambullirme en el mar? ¿Que se zambulla el doctor?

¿Que pida mi economía agua fría? ¡Tonteria!

¿Si no puede ser verdad! ¡Si para mí el agua fría es una barbaridad!

¿Bañarme así? ¡Cruz y rayal! A la playa, que se vaya el que está loco ó borracho. Yo no me exhibo en la playa vestido de mamarracho. No puede ser sano estar

gado, y sus cabellos habian pasado del color cenizo al blanco de nieve. Se arrojó en un sillón atado de Lumley, y respondió: «Verdaderamente, Vargrave, es muy desagradable pero somos censurados del modo que lo somos por nuestros mismos partidarios. No comprendo esta política nueva, esta manera de trincar las medidas para adaptar á la posición y arrojarlas en la boca de la hiena llamada opinión pública. Estoy seguro de que esta ha de terminar desastrosamente.»

—Estoy convencido de eso tanto como vos, dijo Lumley. Ya no hay unida entre nosotros, y de consiguiente, no vivan tampoco. Si quedamos por debajo en la cuestión que se discute actualmente; no sé lo que haremos.

—Por la que á mí me toca, daré mi dimisión, repuso Saxingham con enfado; esta es la única alternativa que les queda á los hombres de honor.

—Esta es equivalente, contestó otra alternativa.

—¿Cuál? —La de formar un gabinete enteramente en sentido nuestro. Recordad en vos; mi querido lord, habéis sido tratado mal; vuestra elevada reputación, vuestra larga experiencia no han sido atendidas como debían serlo. El puesto que ocupais es un insulto que se hace á vuestra suerte. El sello privado debíais ser primer ministro.



CAPITULO II.

Las meditaciones de lord Vargrave fueron interrumpidas por la llegada del conde de Saxingham.

—Seais muy bien venido, dijo Lumley, dos veces muy bien venido. Precisamente érais vos la persona que yo deseaba ver.

Lord Saxingham habia cambiado poco, después que le vimos á la conclusión de los volúmenes anteriores; solamente estaba algo más pálido y más del-

hallaba sostenido por partidarios interesados. Pero diestros y poderosos, estaba odiado en el país, algunos de los mismos con quienes servia le temian, otros le despreciaban, el resto le honraba. Esta posición, lejos de asustarle, le encantaba; porque ella justificaba, necesitaba la intriga, los artificios, las maquinaciones, que eran el verdadero alimento de su espíritu; asunto é inventivo. Lo mismo que siempre gustó, le gustaba la intriga por la intriga, y cuando andaba bien conducido á ningún fin, siempre le debíais como medio.

Tenía placer en rodearse de una tela enmarañada, y ponerse en el centro de un millón de hilos tendidos y enredados por él. Contaba con su saber, con su buena suerte, con sus felices y prontas inspiraciones para llevar á cabo los proyectos más servilizados, más temerarios.

Su última visita á lady Vargrave y su conversación con Evelina habian producido en su ánimo una desconfianza que temor.

En los primeros años de su intimidad con Evelyn, su buen humor, sus regalos, su galantería habian logrado que esta niña se aficionara á una visita dor, á quien miraba como pariente. Hasta después de haber crecido y que empezó á conocer la naturaleza del lazo que la unia á Vargrave, no se desvió de